



Crónica de Nueva York

La civilización americana se basa en el desperdicio

María Victoria Armesto

Publicado en La Voz de Galicia el 30 de septiembre de 1952

Las amas de casa tiran toda clase de objetos que harían la felicidad de las "chambonas" coruñesas.

Nueva York.-

"No somos una familia numerosa. Solo tenemos dos hijos y el chico estudia ingeniería en Moscú. Además de mi hija, mi marido y yo, viven con nosotros dos sobrinas. Con ser pocos, ando abrumada de trabajo y no puedo por menos de pensar cuanto se simplificaría mi vida - y la vida de tantas amas de casa- si tuviéramos alguna máquina para ayudarnos en las faenas domésticas. Por ejemplo, en el lavado. Yo lavo una vez al mes y empleo en este quehacer dos días enteros. ¡Que diferencia sería si pudiera tener una pequeña máquina de lavar y una nevera!"

Esta carta, que reproduce el correspondiente del "New York Times" en Moscú, fue escrita por la mujer del capataz de una fábrica y enviada a un periódico soviético.

Según se ve por el tono en que esta escrita, no es obra de ningún enemigo del régimen, sino de una obrera que hace varias veces afirmaciones de su fe en el marxismo y en la sapiencia del régimen en cuyo "paraíso" vive.

No obstante, la carta es reveladora. Una vez más se demuestran dos cosas: que el nivel medio de los americanos es cien veces, o mil veces, superior al nivel medio de los rusos, y que las fábricas soviéticas más que refrigeradoras, máquinas de lavar, aspiradoras eléctricas y otros objetos necesarios, a la vida doméstica, están fabricando armas, aviones y tanques.

En las estadísticas vemos que los americanos tienen una producción de acero muy superior a la rusa. Este hecho, que en principio resulta reconfortante, no lo es tanto cuando se piensa que los rusos dedican íntegramente su producción a rearmarse mientras los americanos la dedican a hacerse la vida más fácil.

Rusos y americanos

He comenzado esta crónica reproduciendo un párrafo de la carta de una mujer de su casa rusa, donde, además de quejarse de la falta de máquinas, se lamenta por la monotonía de los alimentos y la escasez de libros y manuales científicos que orienten su labor.

En contraposición a la vida de una mujer rusa, yo veo como viven las americanas. Con el cambio de estación, me ha tocado estos días visitar algunos grandes almacenes, y de nuevo he sentido esa mezcla de asombro, admiración y pena que me producen las tiendas americanas.

Constituye un perpetuo asombro, cuando uno sube en las escaleras rodantes de "Macys", de "Bloomingdale" o de cualquier otro gran almacén, contemplar los mostradores rutilantes, la variedad de las mercancías, el lujo con que están



desplegadas y la rapacidad con que el público (casi todas mujeres bien vestidas y ensombreradas), arrebató los artículos.

¡Que gran admiración me produce América! Uno piensa que formidable es una civilización que ha podido dar un nivel tan alto a la vida de los ciudadanos. Acaso jamás en la historia del mundo una nación proporcionó tantas comodidades a sus gentes.

Enorme derroche

Una gran mayoría de los americanos viven en casa propia, con jardín, agua caliente y fría, nevera, coche, aspiradora, máquina de lavar, televisión, radio... En los cambios de estación las mujeres se compran nuevos abrigos, nuevos trajes, nuevos zapatos.

Recuerdo que el año pasado estaban de moda aquí unos abrigos flojos de seda negra. En uno de los pocos cafés al aire libre que existen en Nueva York, conté 30 abrigos similares en media hora. ¿Qué ha pasado con estos abrigos? Yo no he visto ninguno este año.

- ¿Qué haces con tu ropa vieja?- le he preguntado a una amiga americana.

Se echó a reír y me dijo:

- Precisamente anteayer he intentado deshacerme de tres trajes de mi marido que estaban un poco rozados. Llamé a un traperero y le pregunté: ¿Cuánto me dará usted por estos trajes? El hombre lo pensó un momento y me dijo: "Veinte centavos". Yo me eché a reír y contesté; "Lléveselos por nada."

- Si tan poco te produce el venderlos, ¿por qué no se los entregaste a un pobre?

Mi pregunta produjo en mi amiga cierta sorpresa.

-¿A que pobre?

- A alguno que tú conozcas...

- Yo no conozco a ninguno.

- ¿Es que no hay gente pobre en América? Yo veo algunos y bien desarrapados por cierto.

-Sí, pero de éstos se encargan las Sociedades benéficas como la "Salvation Army".

- ¿Y entonces, por que no envías tus trajes a la "Salvation Army"?

- Es que por tres trajes viejos no les interesa mandar a mi casa.

Los americanos compran tanto como tiran y en el desperdicio está basada su civilización.

A un europeo le produce pena y congoja.

Hace algún tiempo una muchacha gallega, que estuvo unos días en mi casa, apareció con un maletín de piel de Rusia, forrado de seda y con una colección de frascos y utensilios de viaje.

- Los vecinos explican- han tirado este maletín a la basura. ¿Ustedes creen que podría quedarme con él?

-¿Por qué no? -le dije-. Si lo han tirado...

La chica estaba asombrada.

-Ya ve usted, señora; un maletín como este en mi pueblo lo desearían para sí hasta los ricachos. Voy a mandárselo como regalo a mi hermano José.



Días mas tarde, y en una casa inmediata a la mía, una familia arrojó entre los desperdicios una cama; estaba en buen estado, con muelles y colchón de lana; pero nadie se sintió tentado por ella y permaneció a la puerta de la casa hasta que los empleados municipales la recogieron.

Todo un ajuar en la calle

Todo esto no es nada comparado con lo que pude ver después. Los señores del primer piso hicieron anteayer limpieza general. Al volver a mi casa por la noche contemplé lo que estos señores habían abandonado en la acera. Un baúl mundo en buen estado, un maletín de cuero, una sombrerera de hule. Desbordando del baúl vi toda clase de utensilios de cocina, vasos, una cafetera, cubiertos, una tetera, una alfombra, cuchillos, trajes, en fin, toda una colección de objetos en buen uso que harían las delicias de las "chambonas" coruñesas.

Si la felicidad se midiera por la abundancia de objetos materiales, los americanos deberían ser los seres más felices del Universo. Yo no me atrevería a asegurar que lo sean.

No ya una vez, sino varias, he leído crónicas de americanos, que al volver de España se hacen lenguas de la alegría de los españoles, aunque, juzgando la vida del español medio para su propio "standard", un americano no ve motivos de alegría.

-¿Por que se ríen tanto?- me preguntaba-. ¿Por qué la gente parece estar siempre contenta?

Yo, a mi vez, les pregunto.

- ¿Por qué están ustedes de mal humor? ¿Por qué parecen disfrutar tan poco teniendo tanto?

Es difícil encontrar la respuesta.